

NOTAS AL TEXTO SOBRE LA CIRCULACIÓN

Espíritu significa aquí ‘aire’, o ‘hálito, aliento, soplo’ –incluso, como añade Ángel Alcalá ‘onda, vibración, dinamismo’-. Y *alma*, curiosamente, si se quiere, ‘sangre’ o ‘espíritu sanguíneo’. Según Servet, hay en el hombre dos espíritus, uno, que recibe dos nombres, espíritu natural –cuando está en el hígado y en las venas- y espíritu vital –cuando está en el corazón y en las arterias-, y otro al que llama espíritu animal “cuya sede está en el cerebro y en los nervios del cuerpo” –porque aquí animal procede del latín *anima*, esto es, alma-. El espíritu sanguíneo le fue infundido a Adán por Dios, mediante inspiración dirigida al corazón, que es lo primero que vive, de ahí pasa al hígado, del que toma “el licor de la vida como su materia” siendo él la forma que vivifica la materia [cf. la teoría aristotélica de la materia y la forma]. La cuestión que le interesa a Servet, como teólogo y como anatomista, es, por tanto, cómo surge el espíritu vital. Y que todo tipo de espíritu tiene un origen común y único, aunque adopte tres aspectos: el espíritu de Dios.

Se les puede facilitar, además, la siguiente información:

1. **Que** este texto está escrito en el original en **latín** porque en el siglo XVI el latín era el idioma de la ciencia –no, como ahora, el inglés-, razón por la cual saber latín es una magnífica puerta de entrada a la medicina ya que casi todos sus términos son latinos.
2. **Que** el título de la obra era *Christianismi restitutio*, es decir, *Restitución del cristianismo*, porque lo que Servet quería de verdad era volver a los orígenes del cristianismo porque entendía que en su época el espíritu de los primeros apóstoles se había perdido y que la Iglesia de Roma y el Papa estaban muy lejos de lo que Cristo dijo –se les puede hacer ver así a las alumnas y alumnos que la ciencia y la religión no tienen por qué estar enfrentadas, que los suele ocurrir es que la religión, cuando es dogmática y acartonada es cuando se enfrenta a la ciencia, no cuando es originaria y libre –igual que ocurre con la evolución: los religiosos abiertos la aceptan y los religiosos cerrados la rechazan; además, suponiendo que quizá parte del alumnado también piensa que incluso la Iglesia de nuestra época no es fiel seguidora de Jesús se anime a investigar sobre Servet y vea atractivo también en él el otro aspecto, el de reformador religioso, de modo que la Biología puede ser también, como lo ha sido siempre, por cierto –véase Aristóteles- una puerta que comunique con la Filosofía.

3. Que, dentro de *Restitución del cristianismo*, este texto se encuentra en un apartado titulado “Sobre la Trinidad divina: V. En que se trata del Espíritu Santo”. Y es que, para Servet, como para los antiguos judíos y griegos, la vida estaba en el aire que respiramos. En castellano las palabras alma y viento están muy lejanas pero no así en griego y hebreo que son la misma palabra: alma y espíritu son nombres de soplo o viento o aire. Pues bien para Servet el aire que entra por los pulmones vivifica la sangre que llega del corazón y hace que ésta deje ser la sangre oscura que viene del hígado y adquiera otro aspecto, más vivo y más apropiado para alimentar al alma, que está en la cabeza. Además el aire es espíritu y, en el hombre, nada menos que Espíritu Santo porque es lo que nos hace pensar y sentir y ser hombres y mujeres con ideas propias, algo muy importante para Servet, tan lleno como estaba él de ideas originales. Y el Espíritu Santo es una manifestación de Dios porque para Servet, como ferviente cristiano que era, todo poder procede de Dios, así que el poder de vivificar es divino y cuando pensamos y creamos ideas, formas o músicas o palabras o cuentos nuevos lo hacemos gracias a lo divino que habita en nosotros. La otra manifestación, por cierto, es la Palabra de Dios, esa que ocupó el lugar del semen humano en la concepción de Jesús, llamado el Cristo por ser Hijo de Dios. Así serían tres: Dios Padre, la Palabra que se hace Hijo, y el Espíritu que en el hombre es Espíritu Santo y nos vivifica cada vez que respiramos. ¿Quién, por cierto, no experimenta el placer de respirar y de llenar los pulmones con aire limpio, sobre todo en el campo, y de sentirse renovado y capaz de hacer o pensar o sentir grandes cosas? Algo así es lo que Servet quiere que entendamos.

Daniel Moreno